

SEGUNDO PREMIO

CUENTO N° 301

TÍTULO: NO VUELVO

SEUDÓNIMO: De Erre

AUTOR. JAIME DURRUTTY ORTUZAR

No vuelvo

DeErre

Tú me estás hablando, según creo y diciendo con esa sonrisa tuya de antes y tus ojos de ayer, con esa boca fresca llena de flores y pétalos de margarita, que quizás tú y yo de nuevo..., que como éramos quizás podría ser... y yo te oigo esas voces en mi alma y pienso que para qué si no tiene caso, te oigo pero sólo te oigo, es como si mi alma te reconociera pero te hubiese dado la espalda y ya no te quisiera ver ni oír, aunque hagas lo que hagas se volvió sorda, se fue arrugando de dolor como los viejos de vejez y ha transcurrido tanto dolor desde que te fuiste y gritaste adiós para siempre desde la puerta que dejaste abierta, yo me acuerdo como se coló la ventisca y se golpearon las ventanas y el suelo se sembró de vidrios rotos y de ilusiones picoteadas por tus desdenes y rotas todas de una sola vez azotadas por la ráfaga de la desolación más empecinada porque dijiste adiós para siempre y te llevaste el sol de la mañana y el del caer de la tarde, arrancaste la hiedra con tus manos bellas y obreras hasta dejar desnudos los muros, pisoteado el jardín de azaleas y seco el pozo lleno de polvo que se levantó del fondo y armó columnas de tierra y sed y cayeron sobre la casa en que me quedé solo mirándote de pie entre los despojos y vacío porque te siguieron hasta más allá de aquellos cerros las horas mías, las ganas que tenía y esta mirada mía que antes era limpia y de tanto navegar en la desdicha se llenó de moluscos y se

cubrió de un alga negruzca que la ha puesto más oscura y también fue tras de ti hasta detrás de aquellos cerros que te digo y de allí no supo más qué hacer porque no estabas, te habías ocultado marcando extrañas huellas extraviadas y todo se vino rendido y me fui hasta el fondo de los corrales detrás de los charcos y de las piedras que he juntado para hacer mi tumba y la tuya porque hasta eso quería para después del futuro, cuando ya te hubiera dado todo, te hubiera lanzado mis alegrías como dardos, mis ansias como flechas ardidas, mis deseos como gritos para que tú lo tuvieras todo y la luz y las ollas y la almohada y las colas de zorro meciéndose en la brisa del verano y el trote de este mi potro fiel que me receló en el fondo del corral y se apartaba de mí porque no era él ni era yo, porque algo que él no sabía me había vencido desterrándome al fondo del corral entre los trastos desechos y las piezas del arado viejo aquel que parecía cansado pero que siempre abrió los surcos e hizo lecho a la semilla y cántaro de tierra al agua para que acariciara el germen con sus finos dedos líquidos y le soltara la vida dando pasos hacia el cielo, ese que nunca antes se vio oxidado y hasta parecía que empujaba él mismo a la bestia que se apartó de mí porque parece que presentía el aguacero con su chicoteo de relámpagos y truenos que tendrían que venir porque ambos lo sabíamos y lo esperábamos para aquellas noches después que tú te fuiste; yo me acuerdo bien porque tuve frío en los huesos y aire entre las manos que se volvieron anchas y lejanas, porque me tembló el pecho por dentro con ese ruido vacilante y tembloroso que atraviesa a

las gallinas cuando les retuercen el pescuezo y lanzan su último y secreto graznido para si mismas, para lo postrero que les queda, porque eso sí que no se le puede negar a nadie, el estertor final y a mí me anduvo buscando y eran como las ganas de lo profundo, como el deseo que se hace todo agua bajo las horas del sol, de eso sí que no me quiero acordar porque le tuve miedo y me tapé la cara y me quedé dormido sin pensar, callado mejor para que se fuera pronto, para que no me fuera a seducir porque no estaba para eso y no era esa la paz que yo quería sino la que se fue también detrás de ti mientras yo recorría los despojos y oía cómo el viento azotaba mi casa y levantaba las tejas como si fueran hojas secas y arremolinaba los senderos para que nadie lo supiera y gemía como aire cortando al aire para que tú ni nadie me pudiera oír.

Y tú sigues con tu boca de luces e inclinas la cabeza por si te digo algo pero no tiene caso porque no sabes cómo siguieron los días y que me cansé de sufrir y pensé que tendría que volver la primavera con su brisa fresca y su calorcito tibio para abrazar al mundo que llega del invierno y le pesan las botas llenas de barro y le duelen las manos desnudas, tenía que volver a la que era mi casa antes de que fueras tú en ella y levantarle el techo caído y rehacer las ventanas con maderas nobles y vidrios nuevos para que pudiera abrirlas cuando quisiera y cerrarlas cuando me diera la gana y el viento hiciera lo suyo y yo lo mío, fregar los pisos para sacarle el moho a las tablas y arrancar la maleza de entre las baldosas para volver a ver el mosaico en la cocina con los trastos otra vez ordenados y limpios

para calentar en el horno ahora libre de la melcocha de ceniza y agua que se formó cuando apagué el fuego de prisa y corriendo por salir a rastrearte porque te ibas yendo, calentar la sopa que más me gusta y el pan que amaso con mis propias manos luego de que acabé de recoger de los armarios y debajo de las camas aquellas cosas que te regalé y que parece que olvidaste a última hora o quizás desde antes que te las diera como las medias de lana para tus pies que eran finos, alados y fríos en invierno, el vestido azul y los zapatos azules para que te vieras más hermosa y te lucieran los lindos ojos que un hijo nuestro también hubiera tenido y paseado como banderas mirando horizontes más lejanos que los que nosotros pudimos contemplar, las cartas de amor aplastadas por las páginas de un libro que ni supe de quién era ni cuántas veces lo habías leído y si acaso mis palabras te habían llegado al alma con la fuerza con que las lancé para enterrarlas como las raíces del espino, y la fuente aquella de loza pintada en que íbamos a poner la fruta del verano en el centro de la mesa en que me enseñaste a pintar y a recitar las sombras y las luces de las cosas y que ahora he despejado de los restos de pan endurecido para refugiarse del asedio insaciable de las ratas que eché a punta de palos y patadas con la fuerza de que ese era mi lugar y el de mi tiempo y el de mis pasos dando vueltas con su canto de rasguño interrumpido por el rumor del agua besando flores y plantas en los maceteros de arcilla cocida que no olvidaron la blandura de su alma y la añoran y la honran sujetando con sus manos calcinadas a la tierra y al agua para alzar ante mis ojos la vida llena de colores.

Ahí supe una vez que no recuerdo cuándo, porque ocurrió parece después que desperté de un sueño con una mujer que no eras tú pero tenía tus senos tibios, que fuiste tú quien se había ido y mi amor se quedó conmigo rezongando sus antiguos versos y repitiendo una a una las letras de tu nombre que hoy se extienden en paz como la hierba sobre el campo, como las nubes tendidas en el cielo sobre el mar; que eras tú la ausente a quien buscaba la luna por encargo mío de pedir y dar perdón por aquello que ambos ahogamos de imposibles cuando supimos mucho más de orgullo y desamor, por aquello que me quedé sin darte cuando era para ti aunque tú no comprendieras; supe que ambos habíamos ganado los años dulces y floridos de horas azules con que teñíamos de alegría un espacio que no nos será devuelto jamás nunca jamás y que ahora es un jirón de tiempo que acojo con cariño porque es mío y ahí estás tú en un algo gris que parece un recuerdo y que conoce bien, aunque lejano, de tus ojos marineros, de tu espada vigilando sobre un lecho de magnolias, de tu alma blanca y de tus manos hacedoras. Supe ahí también en alguna de las tardes, que no hubo maldad alguna, que no había otra deuda más que con la vida siempre dada sin medida y que a mí no me debías nada y que cien veces cien te lo hubiera dado todo porque lo que tuvo que ser tuvo que ser y de eso sólo sabes tú, yo y sobre todo el risueño y buen destino. Comencé a creer por ese entonces que no podría dejar de amarte, que aunque anduvieras otras rutas en otras latitudes, de verdad ya habías vuelto a repetir mi silencio, a cosechar y comer conmigo el fruto bendito del árbol de la

paz como si te hubieras hecho luz en la mañana, como si te hubieras venido en tejidos de aroma estampados en el aire y por eso sentí que ya era tiempo, que había estrellas en el cielo de mi alma, que un pulso de campanas leves vibraba en mi pecho, que un curso de flecha me llevaba hacia el mañana donde al fin de un tiempo me haría sólo tiempo y entonces pensé que quizás un día esté cansado y deje este campo con su viejo arado, con sus surcos inmortales, con esa cosa fresca en el verano y tibia en el invierno para los que son más míos y ellos cuiden de sus flores, del techo, del mosaico en la cocina, de estas palabras que escribí y que son tuyas y mías y de todos, qué importa, si yo me habré ido con mi viejo potro al arrastre a una suave colina frente al mar y ahí me quedaré para lo que es verdad siempre, con la ocupación más eterna de dormir con el recuerdo tuyo, con la cálida visión de mis retoños retoñando y con el eco suave de una vida que floreció a tu lado, que lloró tu partida y se quedó queriéndote como una estrella te contará una noche cuando su eco invencible y milenario te recuerde mis ojos, te cure humildemente las heridas y te diga en pocas luces palpitantes que no volví porque nada se va del corazón.

